

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 68 ¿Por qué los hombres forman una unidad?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 68 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Por qué los hombres forman una unidad? (360-361)

Todos los hombres forman la unidad del género humano por el origen común que les viene de Dios. Además Dios ha creado “de un solo principio, todo el linaje humano” (Hch 17, 26). Finalmente, todos tienen un único Salvador y todos están llamados a compartir la eterna felicidad de Dios.

Es un punto muy concreto, muy específico, en el que se subraya cómo todos los hombres formamos una unidad entre nosotros. Un punto que ha alcanzado un interés muy especial desde la encíclica publicada por el Papa Francisco, *Fratelli Tutti* (Todos hermanos). Esa encíclica, precisamente viene a subrayar este punto: que todo el género humano conforma una unidad que tiene su origen en Dios. ¿Por qué somos todos hermanos? ¿Por qué existe una unidad en el género humano? Por tres motivos: porque tenemos un origen común, un Padre común: es Dios y además, también son Adán y Eva. Todos venimos de unos primeros padres.

En segundo lugar, porque hemos sido salvados por Cristo. Pero, no sólo los cristianos hemos sido salvados por Cristo, Cristo es el único Salvador de todo el género humano. Algunos hermanos nuestros que no han conocido a Jesucristo, cuando después de esta vida se presenten delante de Dios, sabrán que fueron salvados por Cristo, porque es el único Salvador y Redentor del hombre. Por eso, también en ese sentido, hay una unidad entre nosotros, porque provenimos del mismo Padre y somos salvados por el mismo Hijo de Dios, por Jesucristo, lo sepamos o no lo sepamos, Él es el único Salvador.

En tercer lugar, porque tenemos la misma meta. La meta de toda la humanidad es el cielo. No hay dos, tres o cuatro cielos, solo hay un cielo, hay una única vida eterna. La meta de toda la humanidad es la vida eterna; y la misma frustración que puede acontecer en un cristiano de no ir al cielo es la misma frustración de una de un miembro de otra religión, de un hindú, de no ir al cielo. Es la meta común para todos, lo sepamos o no lo sepamos. El mismo origen, el mismo Padre común, el mismo Salvador y la misma meta es la que nos ha unido a todos. *Fratelli Tutti* es una encíclica que subraya esto, especialmente de aquí se deriva un compromiso de hermandad. Recuerdo que cuando fue publicada esta encíclica, hubo algunas comprensiones absolutamente absurdas, como por ejemplo, la de la fraternidad de unas logias masónicas que vinieron a decir que, por fin la Iglesia Católica asumía el concepto de fraternidad de las logias masónicas, porque esa fraternidad universal es la que siempre han propugnado las logias masónicas.

Absurdo obviamente. Absurdo porque hay una clave y es que nosotros sabemos que ese designio de Dios: de que todo el mundo conforme una unidad y de que todos seamos hermanos (Fratelli Tutti), tuvo por desgracia la gran herida del pecado, y la humanidad está profundamente dividida, enfrentada, a veces el hombre es un lobo para el hombre porque existe un pecado que nos divide, que nos enfrenta. Y aquella torre de Babel en la que el mundo se dividió es una imagen bíblica de que hay un drama, que la fraternidad creacional del mundo, estalló por los aires o está muy herida, y si por si fuese poco, el diablo es el que divide. El que divide nos enfrenta, y por lo tanto, aquella fraternidad creacional necesita (eso es lo que las logias masónicas no son conscientes de ello) una fraternidad de gracia en Cristo. Ha sido necesario que venga un anti-Babel. En el Babel nos dividimos todos, nos enfrentamos, todo es división. ¿Cuál es el anti-Babel? Es Pentecostés. En Pentecostés vino el Espíritu y unió a los hombres, nos unió en Cristo. Por lo tanto, no es suficiente una fraternidad creacional, sino que es necesaria una fraternidad sobrenatural, en la que sea el Espíritu Santo el que llegue a conformar en nosotros esos lazos de profunda unión.

En definitiva, este número 68 nos explica por qué todos formamos una unidad y por qué podemos decir: *todos somos hijos de Dios y todos somos hermanos*. Pero al mismo tiempo que decimos: *todos somos hijos de Dios*, llamamos *ser hijos de Dios* específicamente por el bautismo. Tenemos una llamada a que esa filiación no se quede únicamente en un plano creacional, sino que elevados a la gracia por Jesucristo, participemos de la filiación divina en un grado muy superior, porque por desgracia, esa fraternidad, esa única filiación de todo el mundo, ser hijos del mismo Padre, ha quedado muy debilitada por el pecado y es la gracia de Cristo y el don del Espíritu Santo, el que finalmente conforma que verdaderamente el mundo llegue a la unidad en Cristo. Sin Cristo, la unidad es un recuerdo, es una nostalgia de lo que podría haber sido la creación: una unidad en un solo Padre creador pero sin Cristo esa unidad de hecho no es posible. Somos uno en Cristo Jesús por el don del Espíritu Santo.